

Jorge Silva Riquer, *Mercado regional y mercado urbano en Michoacán y Valladolid 1778- 1809*, México, El Colegio de México, 2008, 280 p. (gráficos, tablas)

Los trabajos en torno a los estudios regionales durante la época colonial han tenido un gran impulso en las últimas décadas, lo que ha permitido que la historiografía sobre nuestro país pueda mostrar la existencia de un desarrollo histórico heterogéneo y que en muchos momentos contradice la visión de una historia nacional total. En este sentido se puede insertar el libro que aquí se presenta, que además de mostrar las particularidades de la región michoacana, se observa, en función del intercambio mercantil, su vinculación con otras zonas de la geografía novohispana. Así, aunque el objetivo principal de Silva Riquer es analizar los aspectos regionales del sector comercial en Michoacán en el último tercio del siglo XVIII, las aportaciones de esta obra abarcan otros puntos que complementan la perspectiva que se tiene de este siglo sobre la vinculación existente entre los mercados regionales y urbanos que cubría las necesidades impuestas por la población y otras actividades tales como la agricultura, la producción y la ganadería.

De manera que al estudiar los flujos mercantiles (tanto la entrada y salida de mercancías de exportación e importación), las rutas de circulación y series de producción, Silva Riquer pone nuevamente sobre la mesa dos temas de constante debate: el primero de ellos es esclarecer en qué medida había una economía colonial de mercado extensa, lo que se contraponen a la idea, cada vez más debatida, de la existencia de una economía cerrada o de autoconsumo. El segundo es cuestionar, en función del crecimiento económico que nota en la región michoacana a finales del siglo XVIII, la existencia de una crisis económica en la Nueva España durante este período ya señalada en otros trabajos que se basan tomando en cuenta factores tales como las crisis agrícolas del último tercio, la reorganización hacendaria que provocó el cobro de nuevos impuestos y con ello el aumento de los precios, entre otros elementos.

Para analizar todos estos puntos, en el primer capítulo se delimita el espacio mercantil, en este caso la intendencia de Michoacán, el cual se ve estructurado en relación a la organización fiscal, contextualizada en el marco de las reformas borbónicas implantadas en la Nueva España y que llevó además a la incorporación del sistema de intendencias a partir de 1786. Determinar el espacio-región que abarca el estudio resulta

por demás necesario para el autor debido a que esto le permite no sólo establecer los límites territoriales de la zona michoacana sino incluir en ella elementos tales como la población y la producción para “presentar la región como un todo analítico que explique la conformación en los diversos espacios coloniales”. Seguido de esto, se realiza un análisis profundo de la principal fuente empleada: los documentos fiscales, particularmente las alcabalas. Los registros de este impuesto, que se estableció en principio como un gravamen a la circulación de mercancías, son utilizados para vislumbrar la composición mercantil regional (urbana y rural), rutas comerciales, redes mercantiles, integración intra e interregional, valores y cantidades de productos intercambiables. Finalmente, se contextualiza al comercio michoacano, por lo que se describe la dinámica comercial novohispana: intercambio interior y exterior, ferias comerciales, establecimiento del libre comercio, etcétera.

En el siguiente capítulo se estudia de una manera profunda el comportamiento comercial de Nueva España entre 1778 y 1809 a partir de los registros de alcabalas para poder distinguir la participación de Michoacán, pero además de eso Silva Riquer observa otros indicadores económicos tales como la producción agrícola, el pago del diezmo, la actividad minera e incluso los movimientos poblacionales, lo que le permite insertar y determinar la composición económica de la región michoacana distinguiendo la existencia redes mercantiles entre las principales zonas que la componen (Valladolid, Pátzcuaro, Zamora, Xiquilpan, Maravatio, Zitácuaro, Tlapujahua, Ario, Apatzingán y Huetamo).

En el tercer capítulo se estudia papel de la capital de la intendencia: Valladolid. Mediante el análisis de los valores registrados por el pago de alcabalas se determina, en primer lugar, el tipo de géneros de importación que arriban a esa ciudad provenientes de Europa y Asia, y los lugares desde donde fueron expedidos. Así, se puede notar que para este período no sólo los comerciantes de la ciudad de México sino también los de Veracruz, Jalapa, Acapulco, Irapuato, Tepic, Querétaro, Acámbaro, San Juan de los Lagos, Toluca, Durango, Puebla, San Blas, entre otros, participaron activamente en la introducción de mercancías, lo que puede mostrar en gran medida algunos de los resultados de la apertura comercial que se dio durante este período. En segundo lugar se establecen las calidades de los productos llamados “de la tierra” y los del entorno vallisoletano, por lo que sobresale la gran variedad de éstos (entre 300 y 400 tipos de mercaderías) y que son clasificados en alrededor de 13 rubros que incluyen: condimentos, materias primas, herramientas, textiles, semillas, frutas, leguminosas, pescados y mariscos, licores, aceites, envases y recipientes, ganado y sus derivados, y abarrotes. Otros aspectos tratados en este capítulo son el comporta-

miento de los precios de algunos de los artículos introducidos, lo que le lleva al autor a aseverar que no existió un incremento significativo al final del periodo colonial, por lo menos no en la región estudiada, lo que puede ser un caso atípico respecto a otras zonas de la Nueva España, de manera que si se dieron algunas alzas o bajas respondieron principalmente a la competencia establecida entre los introductores y a los ciclos agrícolas de la región. Por otro lado, se estudian las rutas de circulación mercantil, lo que otorga al texto un panorama mucho más amplio en relación a las redes de intercambio establecidas. Se observan también a los actores del comercio urbano, mismos que son divididos en tres niveles que se asignan en correspondencia con las calidades y cantidades de los géneros que introducían; así, aparecen los comerciantes registrados con el "Don" (generalmente éstos son los que comercian los productos de importación), los que llevan nombre y apellido, y los que sólo registran su nombre. Estos comerciantes establecieron relaciones con individuos de otras demarcaciones, tanto dentro como fuera de la región, pudiendo así cubrir en buena medida con la demanda de productos requeridos por la población de la ciudad y de las poblaciones conurbadas. De manera que al final de este apartado se puede notar claramente la vinculación del mercado vallisoletano con el exterior y como la propia capital sirvió a su vez como distribuidora de los productos regionales hacía otras latitudes del territorio novohispano.

El capítulo cuatro inserta otro elemento que ayuda a completar el panorama mercantil de Valladolid: la participación de los indios en la introducción y circulación de mercancías. La intención de Silva Riquer por presentar la información de manera exhaustiva lo lleva a ocuparse sólo de un año (1792). Este sector equivalía a un aproximado de 12.5% del total de la población de Valladolid y se ocupaba principalmente de las labores productivas del campo. Aunado a esto se incorpora también el análisis de la propiedad y distribución de las haciendas: un total de 111 haciendas y 310 ranchos permite ubicar a sus propietarios y entender la creciente demanda de trabajadores para estas unidades productivas. Aunado al trabajo agrícola se comprobó que la intervención de los indios en el comercio fue muy importante ya que, por ejemplo, acapararon entre el 18 y 20% del valor total de lo introducido en mercados como Zamora, Tepeaca y el valle de Toluca, así como el 1% del valor del ramo de productos del "Viento" anotado en el libro de indios de Valladolid de 1792, además de corresponder a un cuarto del total de los comerciantes registrados en dicha ciudad. No obstante, a pesar de los datos arrojados quedan interrogantes como ¿Qué ocurre con la participación indígena en el comercio en otros años? ¿Su participación es constante en este rubro durante este último cuarto del siglo XVIII? Esto

lejos de ser una debilidad del texto es una propuesta para nuevas investigaciones.

El último capítulo se ocupa de las conclusiones del autor las cuales condensan las ideas que se ligaron a lo largo de todo el libro. Destaca que mediante la revisión de la producción agropecuaria, ganadera, poblacional, la tenencia de la tierra y la actividad comercial se revela que Michoacán presenta importantes periodos de crecimiento moderado a partir de 1660 hasta 1800, por supuesto sin dejar de tomar en cuenta los periodos de crisis agrícolas de finales de dicha centuria. De manera que a partir de los resultados presentados al parecer no podemos hablar de una crisis total en el siglo XVIII en la Nueva España, por lo menos no en todo el territorio. Es necesario, por tanto, revisar otras regiones que permitan corroborar lo anterior sino para establecer que lo ocurrido en Michoacán fue un caso excepcional. Sostiene asimismo, la presencia de una integración regional comercial que permite no sólo el autoconsumo sino también el abasto de otros territorios, lo que muestra una economía abierta tanto hacia el interior como al exterior del entorno novohispano. Tocante a las fuentes empleadas rescata la importancia de trabajar con series que reflejen mejor el comportamiento productivo de cada sector.

Elogiamos un texto bien estructurado, un trabajo maratónico al enfrentarse a una infinidad de datos cuantitativos y que sin duda es el resultado de muchos años de esfuerzo, acompañado de gráficas y tablas sencillas que complementan la información. Se reconoce constantemente el problema que presenta el uso de determinadas fuentes, lo cual se trata de resolver cotejando los resultados de otras investigaciones. Existe constantemente un diálogo con la bibliografía existente sobre el tema, lo que permite distinguir claramente lo que todavía puede ser revalidado o bien renovado en función de los nuevos descubrimientos. De igual forma, Silva Riquer no olvida nunca insertar su trabajo en el contexto novohispano y europeo de finales del siglo XVIII, por lo que cabe decir que, a aquellos interesados en esta centuria, en la historiografía michoacana o bien en la utilización de fuentes que derivan en distintos aportes metodológicos para la reinterpretación del pasado, deben tener en cuenta la presente obra.

Mayra SANTOS MEDINA
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo